

para esta humanidad agitada y convulsa, que no quiere creer más en la verdad, que no se atreve a creer más en la justicia, pero que no puede decidirse a dejar de creer en la caridad! ¡Infelices los falsos profetas de la felicidad universal, cuyas pupilas ardientes se abrasan contemplando el fantasma tenebroso de una justicia terrena completa y no ven en la caridad sino una intrusa e inoportuna que viene a ultrajar a su hermana!"

* * *

Así habló "el hombre más amado de nuestros tiempos". Los brazos de Pacelli, abiertos en cruz sin límites, que parecían dejar patente el corazón, quedarán mucho tiempo en imagen viva ante los ojos de millares de peregrinos; cuando, en la última audiencia, se le negaron a levantarse por falta de fuerzas físicas, brotó de sus labios un "adiós" débil como un presentimiento de definitiva despedida. Quedaba su programa; y las claras consignas para realizarlo.

Queda su largo e intenso magisterio. Las revistas se han enriquecido frecuentemente con su luz. También la nuestra le ha tenido como guía continuo. Pecaríamos de ingratos no dedicándole un recuerdo póstumo. Y más, persuadidos de que sus enseñanzas tienen toda la actualidad de los días en que las Agencias multiplicaban rápidamente sus Mensajes, porque sabían que el mundo los esperaba con ansia.

OBOEDIENTIA ET PAX

De momento, apenas otra cosa que dar gracias al Señor por haber puesto al frente de la Iglesia a Juan XXIII.

Recoger la preocupación de su corazón y ofrecerle nuestras personas, cuanto somos y tenemos, la actividad personal y las páginas todas de nuestra Revista "al servicio de la verdad, sin traicionarla nunca", para lograr que sobre el mundo se asiente "una paz con justicia". "Las armas monstruosas" enconan los

ánimos; no es eso lo que el pueblo pide, sino "paz, justicia, tranquilidad y concordia".

El primer saludo al mundo parece un eco de la voz de Pío XII, aún no extinguida. Una ratificación del programa del glorioso antecesor. Un agrandar la voz ya débil, quemada en una obra que fué lema de una vida: "opus iustitiae, pax".

Juan XXIII ve el fruto de la paz en la "libertad tranquila; en la tranquilidad del Señor". Tranquilidad que vendrá de saber que se cumple con la voluntad del Señor en cada momento y en cada profesión: en la altura del mando y en la sumisión por reverencia, siempre la mirada en el norte orientador: *obediencia* a Dios en sus preceptos; *obediencia* a la Iglesia, fundada por Cristo sobre Pedro con promesa de perennidad; *obediencia* que sujeta rebeldías pasionales, no que hace enmudecer con degradante servilismo; la razón será Dios, y quienes la representan, en ese como reparto de dignidades, y de responsabilidades, que El mismo ha querido hacer en el mundo.

Obediencia a los pensamientos de Dios sobre la justicia y el amor; sobre la obligación de la riqueza y la dignidad de la pobreza; sobre la obligación respecto de los hijos por vía de generación, y respecto de la familia agrandada: obreros, criados, sirvientes; sobre las relaciones entre la legítima autoridad del Estado, y autoridad legítima de la Iglesia.

Hoy para nosotros la obligación, que cumplimos con amor gozoso, de entregarnos incondicionalmente a la obediencia de Juan XXIII, sobre el que sabemos resuenan, salvando siglos, las palabras de Jesucristo: "Tú eres Pedro; sobre esta piedra edificaré mi Iglesia."